

CARTA A UN JUAN
(Cartas bajo un mismo techo)

Valencia, 1937

A J.G.-A.

Esta mañana, Juan, viendo todavía en los muros carteles anunciadores de una conferencia ya pronunciada y que no pude oír: “Arte necesario y arte innecesario”, y atando este extraño título con el de otra conferencia reciente sobre el tema “El arte como herramienta de lucha”, no he podido menos de escribirte esta carta, en la que quiero recoger algo que no es de ningún modo contestación a esos dos títulos estrambóticos, sino lo que ellos han hecho saltar en mí que yo ya encerraba desde mucho. Escribo, anoto, porque hablar me parece de tal forma vivir simplemente, que la viva voz no me puede satisfacer en momentos de tantísimos deberes. Las ideas, aunque nada más sean nubes imprecisas, íntimamente pueden bastarnos con su sola llegada. Somos de tal manera bichos –me refiero a un tipo de artista casi silvestre- que nos resulta ya un buen alimento el hecho sólo de sentirnos vivir. Pero, sin duda, estamos obligados a más con los demás. Nuestro vivir no sólo tenemos que vivirlo, sino que explicarlo. Y que pensarlo. Pensar no es buscar ideas, sino ordenar las que, siempre en un momento de olvido y descuido, cayeron en nosotros. Y si hablar es vivir, escribir es pensar lo que se vive, o sea, lo que se habla. Si hablar es vivir, es, claro está, y por esto mismo, perderse un poco, diluirse; y si escribir es pensar lo que se vive, viene a ser, por lo tanto, un algo que nos conserva, que nos recoge. Esto es lo que me decide a casi olvidar toda nuestra conversación y escribirte. Escribirte y denunciar, y señalar peligros, peligros salidos de nosotros hacia nosotros.

En los últimos meses se oyeron y manejaron infinidad de frases sobre una relación, contacto y hasta mezcla del arte y la política.

Se comprende ya de sobra que es esta tremenda sacudida de España, los artistas todos, aún aquellos tachados -¡ay!, casi siempre por estupidez del tachador- de más puros, fuesen íntimamente movidos de un interés muy hondo por lo social. Y esto, que, si se mantiene dentro solo del terreno que de verdad designa esta palabra, viene, claro, a enriquecer, viene a llenar el arte de más contenido, en cambio, si atravesando lo social, penetra –más o menos conscientemente- en esa otra zona que se llama política, todo se enturbia y cae. Porque arte y artista sólo pueden moverse en espacios rigurosamente humanos. Y si lo social es precisamente eso, está impregnado de eso, de humanidad, lo político no, es otra cosa, y aunque lo político se mueva, actúe, exista para conseguir aquello, es decir, algo humanísimo, su movimiento, su actuación, su existencia misma no lo es, no lo puede ser. Para el intelectual no artista es ya diferente, porque todo lo que pueda comprender su cerebro, su cabeza, puede además aceptarlo el resto de su ser, puede soportarlo; mientras que el artista, aunque estudiase con furor ese extraño engranaje de lo político y llegase a comprender su contenido y su necesidad, la repugnancia que habría de producirle lo inutilizaría para todo, y más aún para ello mismo, ya que el artista se mueve y sólo puede moverse por simpatías, nunca por convicciones.

Sí, creo muy dañina toda preocupación en arte –basta mirar los veinte años últimos, llenos de una creación triste y perdida, a causa de todas las *preocupaciones*

inútiles y rebuscadas que lo alimentaron-, creo peligrosísima cualquier mezcla y, más que cualquier otra, la de arte y política. Ya sé que no se debe ser apolítico –y hoy en España sería casi tan absurdo como ser neutral-, pero es que así como me parece dañino, inadmisibles que el artista dejase contaminar de sentido político su obra, en cambio, él, como hombre, como ciudadano, puede emplear en la política todo el esfuerzo que quiera o que le exijan, aunque esto no lo sepa yo defender totalmente, ya que tampoco se me oculta que el artista nada puede ya entregar de sí mismo, ya nada tiene después de la creación, puesto que crear no es trabajar, crear no es prestar un esfuerzo, sino entregarlo. Por eso diferencio al artista del intelectual, porque si el cerebro acepta todo lo explicable, justificable y conveniente, en cambio, el instinto –y el artista, no nos engañemos, hasta el más consciente es instintivo, siempre que se entienda que instintivo es lo contrario de bruto; hasta el más cerebral, el más sabio es únicamente sabedor de su instinto-, el solo impulso salvaje no puede, no sabe aceptar lo que le resulta antipático, lo que le resulta feo. Y de aquí es de donde podría deducirse el especial atractivo que para los artistas tiene, cuando se trata de escoger solución, el Anarquismo, o sea, la no política, como también, y por otro lado, la decidida inclinación de los intelectuales hacia la sensata, pensada y justa Internacional Comunista. Los unos ven, y sienten, el ideal, pero quizá, sólo esto, mientras que los otros se perfeccionan y se interesan tanto en la manera segura de alcanzar su estrella, que el artista, en algunos instantes, podría temer que la hubiesen olvidado, que el medio les hubiese borrado el fin, les hubiese distraído de aquello que más les importaba, ya que éste es siempre el defecto de la sola inteligencia: taponar el sentido más hondo de las cosas. Y en cuanto al fascismo, nadie fuertemente artista, ningún artista fuerte puede sentirse deslumbrado, ya que todo lo inhumano es antipoético, antisensible, antiartístico, por lo que es más fácil que con él se engañe el intelectual que el artista, como lo demuestran los nombres españoles de Jiménez Caballero, Eugenio Montes, Marañón. Porque no me cabe duda del talento, mejor dicho, de la inteligencia de los dos primeros –Marañón, intelectualmente, ha sido siempre un valor falso-, pero la inteligencia de Jiménez Caballero, recuérdala bien, fue (es) lo que yo llamaría una *inteligencia hueca*, aunque con estas dos palabras quizá no te llegue del todo lo que te quiero señalar, y que debo aclararte. Quiero decir que la inteligencia no la podemos considerar por sí misma como contenido, sino como cosa que contiene un algo, que conduce un algo, y ese algo tiene que ser, sin duda alguna, el espíritu más auténtico. Pero Jiménez Caballero, con su inteligencia, no nos entrega nada que no sea la inteligencia misma, es decir, nada entrega, su gran talento indudable es una vasija sin contenido real. Podía, con su gran talento, tomar la defensa de no importa qué, podía permitirse el atrevimiento de sostener algo insostenible, lo que no solamente no es un valor, sino un peligro muy grave –grave para todos, pero más todavía para ellos mismos, para esas inteligencias-, ya que esa *facilidad* les pierde, les emborracha, les lanza hacia lo que no debían, porque son esclavos, juguetes de ella, y terminan por sentirse íntimamente contentos con su solo ejercicio, pero, claro, resulta que esta facilidad puede ejercitarse en cualquier cosa, en cosas buenas o malas, humanas o crueles, limpias o turbias. Y esto, en 1927, y tres o cuatro años más, podía pasar desapercibido(inadvertido), ya que fueron años en que el arte se entendió y apreció como un juego –de lo que tuvo bastante culpa nuestro equivocado gran pensador de *La deshumanización del arte*-, pero en cuanto a las cosas se les volvió a pedir profundidad y verdad, humanidad y sangre, estas inteligencias que yo he llamado huecas se derrumbaron, se extraviaron para siempre. Aparte de que Jiménez Caballero, Eugenio Montes y sobre todo Marañón, se movieran quizá principalmente como desaprensivos, que no es lo que más nos interesa desentrañar aquí.

Y ante todo esto, sí queremos huir de lo que se ha llamado arte aristocrático y difícil o burgués inmundado, pienso que en vez de pedir un arte social y de contenido político, sería necesario pedir un arte verdadero, intenso, emocional, pasional, de carne y vida.

Tampoco puedo explicarme cómo se habla de arte colectivo. ¿Qué es eso? Ya se que cuando se hace esta pregunta a un demagogo hábil, cita, invariablemente, las catedrales góticas –y hasta parece sentir un gran entusiasmo por ellas-, pero es una razón falsa. Primeramente, esos que citan las catedrales góticas como ejemplo de arte colectivo, deberían saber que la arquitectura no es *arte total*, sino un oficio bello, un oficio artístico. La arquitectura no expresa sentimientos, sólo los refleja. Por eso frente al Partenón mismo *tenemos* que evocar toda la vida griega, no nos basta la belleza de sus líneas, su perfección no es un alimento suficiente para nosotros; por eso frente a Nôtre-Dame *tenemos* que *recordar* un mundo, todo un mundo, todo un vivir, toda una Fecha determinada. Y es que la emoción del Partenón o de Nôtre-Dame es emoción de entonces, sin vida hoy, sin presente. En cambio, ante *Las Meninas* somos nosotros, los vivos, los que contemplamos el lienzo, quienes dejamos de ser presente, quienes quedamos suprimidos por el tremendo fulgor de *aquella vida* que no nos vemos precisados a resucitar, a recordar, porque está aquí, vive, fluye, transcurre, nos inunda, y no sólo es vida de entonces, sino de siempre, fresca, de ahora también. Porque lo que hay en *Las Meninas* retratado no es el siglo XVII, sino la vida toda, la vida misma, la vida humana. La arquitectura refleja una época, un país, un gusto, un sentimiento general, es decir, todo lo que constituye en *ambiente* de la vida, pero sólo el ambiente. El arte expresa lo esencial, lo desnudo, lo eterno. En fin, para terminar mi contestación a los demagogos, diré que no veo inconveniente alguno en que los grandes edificios, las grandes construcciones, las grandes catedrales –se utilicen para lo que se utilicen-, en vez de ser trazadas por un solo hombre, sea una labor conjunta y armoniosa de muchos. Como también comprendo que sea necesario durante una revolución o una guerra, es decir, en un espacio de tiempo que tiene principio y fin, empleara los artistas en trabajos de propaganda, y comprendo que para ello se necesitan grandes talleres, sistemas rápidos, colaboración. Pero que no se llame a esta labor arte, y mucho menos, el arte, porque sería olvidar que, aunque sean artistas geniales los dedicados a ella, lo que se emplea de estos artistas no es su arte, no es su genio, sino su facilidad técnica. Pero, por lo visto no se entiende así, y cada día se inventa un contrasentido más, como los ya prestigiosos “arte colectivo”, “arte necesario”, “arte de lucha”. No se piensa que la verdadera creación –fíjate bien, digo creación- sólo puede surgir de la nada, y la nada únicamente quiere acercárenos cuando nos encontramos absolutamente solos. Se dice “Dios creó el mundo”, y no puede decirse “Dios construyó el mundo”, porque en su formación no empleó material, objeto ni cosa alguna, sino que lo hizo en la nada, en la soledad, y de la nada y la soledad misma. Y si me pides algo más terreno, Lenin, de quien todos pensamos que no fue sólo inteligencia, sólo pensamiento, sino genio, es decir, inspiración, en la soledad es donde tuvo que encontrarse con su mismo amor por las gentes, en la soledad es donde concibió su obra tan humana, porque sabía sin duda que el auténtico creador únicamente debe juntarse y unirse a los demás hombres cuando quiere entregarles lo que , solo y apartado, supo crear para ellos. Pero a esto los demagogos y los fracasados decidieron llamarlo individualismo. Sí, los fracasados de la soledad se sienten solos, sin nada porque nada llevan, perdidos y vacíos, ellos y nadie más han sido los que tacharon al arte de individualista, que si es cierto que lo es para surgir, no lo es nunca una vez surgido. Y esos mismos –los más hábiles de esos mismos- serían quienes me contestaran que los artistas, los creadores, no sólo se apartaron siempre de los demás para la creación, sino también después de la creación. Y

es verdad, pero lo mentiroso, lo tremendamente mentiroso es que ese apartamiento sea algo específico del artista. No, no lo es; por eso todos nosotros –aparte, claro, de querer la desaparición de la miseria y de la injusticia- soñamos con un mundo, con un estado de cosas en que además de pintarse el lienzo de *Las hilanderas*, además de poder brotar esta obra, puede Velázquez *mostrarla a esas mismas obreras* que él ha pintado con tanta ternura, con tanta poesía, con tanta bondad.

HORA DE ESPAÑA
Valencia, 1937